

LIBRO SEGUNDO

EL IMPERIO MEDIO

CAPITULO PRIMERO

FLORECIMIENTO DE TEBAS. — LA UNDÉCIMA DINASTÍA

A unos cuatro grados de latitud mas arriba de Menfis y treinta leguas mas abajo de la primera catarata, yacen las mayores ruinas del mundo, amontonadas á ambos lados del Nilo, formando monstruoso y complicado conjunto de templos, calles de esfinges, estatuas colosales y sepulcros. Multitud de pequeñas aldeas árabes están hoy en día diseminadas por la superficie donde tales restos se encuentran. Algunas de estas aldeas están construidas dentro de antiguos templos como Karnak, Luqsor, Medinet-Abu, Qurnah, etc. Antiguamente alzabase en estos parajes la ciudad de Uast, ó como la llamaron los griegos, Tebas, la de cien puertas. La divinidad tutelar venerada por los habitantes del distrito tebano era Amon, como Amsi y Chnumu dios de la generacion y de la fertilidad y que por lo tanto está generalmente representado en forma itifálica. Su animal sagrado es un carnero con los cuernos vueltos hácia abajo, por lo cual el dios está muchas veces representado con cabeza de carnero. Por razon de esta divinidad, la ciudad se denominó despues con frecuencia Nut-Amon (en hebreo No-Amon), «la ciudad de Amon,» nombre que los griegos tradujeron por Dióspolis, pues equiparaban á Amon, por ser el dios supremo de Egipto, con Zeus. A su lado y como esposa suya está la diosa Mut ó Mut-uert, «la gran madre,» y además está su hijo Chunsu, que se manifiesta como dios-luna (1). El lugar en que los tres juntos son adorados es Apet, la actual Karnak, en la orilla oriental del rio, donde mas adelante se levantó el magnífico templo de Amon. En la orilla opuesta, en las áridas gargantas del desierto libio, se encuentra la necrópolis del distrito tebano.

En los monumentos del Antiguo imperio no aparece nunca el nombre de Tebas, y el de su dios principal apenas se encuentra una ó dos veces mencionado en ellos. En la misma rica literatura religiosa de la época siguiente, cuyas raíces casi arrancan del Antiguo imperio, los dioses tebanos no desempeñan papel alguno, lo cual es una prueba evidente de cuán tarde consiguió la ciudad una importancia reconocida, á pesar de ser innegable que existia ya en los tiempos del

(1) No se sabe á punto fijo si los tres dioses van juntos desde su origen, ó si en ellos aparece la union de varios dioses locales realizada por los acontecimientos históricos. Otra divinidad tebana es Montu, que pertenece á Hermonthis (en egipcio Ant), lugar situado al Sur de Tebas y quizás mas antiguo que ésta. — Respecto de las varias poblaciones de cuya agrupacion nació, durante el imperio Medio, la ciudad de Tebas, véase Maspero, en las *Mémoires de la mission arch. au Caire*, fasc. 2, página 181. Ignoramos los motivos que impulsaron á los griegos á dar á esta ciudad egipcia el mismo nombre de la beocia Tebas.

Antiguo imperio. Su importancia política data de aquellos turbulentos siglos que sucedieron á la sexta dinastía.

Los mas antiguos monumentos de Tebas se encuentran en el extremo septentrional de la gran necrópolis tebana, junto á la aldea Drah abul-negga. Al pié mismo de la montaña árida, casi tocando á las tierras de cultivo, se levantan ó se levantaban algunos sepulcros desprovistos de todo adorno, pirámides de ladrillo de dimensiones muy diversas cuyo interior contenia un zaguan abierto, destinado al culto de los muertos, al paso que los cadáveres eran encerrados en un recinto oculto practicado en las peñas. Estos sepulcros que nos han conservado un número bastante considerable de sarcófagos, estelas mortuorias, amuletos y objetos de adorno y de menaje, pertenecen á los reyes de la undécima dinastía manethónica, la primera que residió en Tebas (2). Los soberanos llevan alternativamente los nombres de Antef y de Mentuhotep, y á su lado aparece tambien una reina, la esposa de un Mentuhotep, de cuya tumba se ha sacado una de las mas interesantes reliquias del antiguo ajuar egipcio, á saber: un botiquin doméstico de viaje, que hoy figura en el Museo de Berlin. En las inscripciones de estos sepulcros se encuentran muy pocos datos históricos importantes, y en cuanto á otras clases de monumentos únicamente se han conservado los de muy pocos soberanos. Las mismas inscripciones sepulcrales de los contemporáneos que se conservan en Abydos y en Tebas ofrecen escaso botín á la historia.

En cambio, la tabla de reyes de Karnak arroja alguna luz sobre esta dinastía, pues mientras que solo cita diez nombres de soberanos del Antiguo imperio, consagra, no sabemos por qué motivos, un interés especial á los de esta serie. Cita en primer lugar á un Antef, á quien no se llama rey sino que lleva el título de *rpá'ti*, «príncipe;» siguen luego un Mentuhotep y varios Antefes, designados como «Horos.» Ciertamente, como sabemos, cada rey egipcio es una encarnacion de Horo, pero el título estereotípico completo de rey «el buen dios, el señor de los dos países,» lo vemos aplicado por vez primera al sexto soberano de la lista, á Antef V. En su consecuencia, no creemos engañarnos al creer que estos soberanos solo paulatinamente y á fuerza de largas luchas consiguieron un poder completo y que no sin grandes vacilaciones adoptaron el título entero de monarca. En esto están conformes las inscripciones. Los mas antiguos soberanos de la dinastía se llaman simplemente «rey Antef» ó «el rey, el hijo del Ra Mentuhotep,» ó bien «Horo el que aumenta la vida, el rey del Alto y del Bajo Egipto, el hijo del Ra Antef el Grande;» en cambio, el título completo de los Faraones, del

(2) Muchas de estas tumbas vemos mencionadas en el acta que se ha conservado de un proceso por robo de sepulcros, en tiempo de Rameses IX, citado en el llamado papiro Abbot, y por cierto que no fueron entonces violadas por los ladrones.

cual forma parte, además del nombre propio del soberano, un apellido adoptado al subir al trono, solo aparece en seis soberanos que indudablemente son los que terminan la serie.

Con esto concuerda la circunstancia de que el papiro de Turin solo habla de seis de los reyes que aquí corresponden, continuando luego los 18 soberanos que en él vienen á corresponder á la octava dinastía, la menfítica. De ellos los dos últimos figuran tambien en las tablas de reyes de Sakkarah y de Abydos. Es indudable que el papiro solo menciona de los reyes tebanos aquellos que reinaron en todo el Egipto, estudiando la historia, por lo que nos es dado ver, desde el punto de partida menfítico. Por otra parte, y segun los datos de Manethon, la undécima dinastía se compuso de 16 tebanos — en realidad solo conocemos 15 ó 16 nombres de reyes á este período pertenecientes — pero como tiempo de duracion de todos estos reinados únicamente se señalan 43 años, número que solo se explica admitiendo que se ha hecho aquí una compensacion cronológica: Manethon ha nombrado á los soberanos de toda la dinastía juntos, pero contando para la cronología únicamente los años que despues de la sumision completa de los heracleopolitas gobernaron todo el Egipto. En realidad, la dinastía reinó en Tebas mas de doscientos años, como lo demuestran los datos que luego citaremos.

Tomando por base este material, podria resultar la siguiente historia de la undécima dinastía.

Durante las luchas y los desórdenes que produjeron la ruina del Antiguo imperio, un noble, el «príncipe» Antef, consiguió, sea en tiempo de los últimos menfitas, sea al comenzar la dominacion de los heracleopolitas, hacerse independiente en Tebas. Sus sucesores aumentaron poco á poco su poderío, habiendo, segun parece, caído muy pronto bajo su dominacion Abydos. En efecto, extendieron su soberanía hácia el Sur intentando, aunque segun parece en vano, reconquistar el dominio que sobre la Nubia habian ejercido los Faraones del Antiguo imperio. La citada esposa de un Mentuhotep viene mencionada en una inscripcion de la isla Sai, mas arriba de la segunda catarata; y en la isla Kosso, en la primera catarata, vemos representado á un soberano del mismo nombre adorando á los dioses locales, los cuales le dicen que «arrojan todos los países debajo de sus plantas.» Posteriormente, segun los datos de un fragmento de inscripcion, un Antef (VIII) luchó contra los negros y los habitantes del territorio de las cataratas. Las canteras de Hammamat fueron de nuevo explotadas en tiempo de este soberano. El que mas sobresale de todos estos reyes es el citado Antef el Grande (1), en cuya tumba se encuentra una estela del décimoquinto año de su reinado, en la que está el rey representado con varios perros de caza. En la inscripcion se habla de construcciones y de presentes de consagracion para el templo de Amon. Tambien se hace mencion de él en otra inscripcion sepulcral de Abydos. Una inscripcion de un funcionario de Abydos que falleció en el año 33 del rey Useres I, segundo soberano de la duodécima dinastía, consigna que «su bisabuelo ejercia el mismo cargo en tiempo del rey Horo, el que aumenta la vida, el hijo de Ra Antef,» es decir, del citado soberano. De modo que desde que entró en el gobierno este Antef hasta Amenemhat I, el fundador de la duodécima dinastía, transcurrieron justos cien años.

Por desgracia no nos es dado seguir el camino por el cual

(1) Hay además otros dos Antefes que llevan el sobrenombre de «el Grande;» creemos supérfluo citar todos los nombres á este lugar correspondientes: véase *Historia de la Antigüedad*, tomo I, § 95. A esta dinastía pertenece tambien el rey Ameni antes citado, de cuya tumba hablan las inscripciones aunque sin decir nada mas acerca de él.

este soberano y sus sucesores fueron robusteciendo paso á paso su poderío y sojuzgando el imperio de los heracleopolitas. Ya hemos visto que los seis últimos soberanos de esta dinastía dominaron sobre todo el Egipto. Esto está expresamente atestiguado por muchos; así, por ejemplo, el visir de un Mentuhotep (IV) se califica á sí mismo, usando paralelismo de individuos tan generalizado en el estilo egipcio, de «grande en el rey del reino del Sur, poderoso en el del reino del Norte.» Los apellidos y títulos usuales entre estos reyes tales como «el poderoso Ra, que disfruta de la vista de los dos países,» Antef (VII); «Ra, el señor de los dos países» Mentuhotep (IV); «Horo, el que une los dos países» S'anchkare', demuestran el orgullo y la alegría producidos por el hecho de haberse restablecido, despues de una larga interrupcion, la unidad de Egipto como un solo Estado.

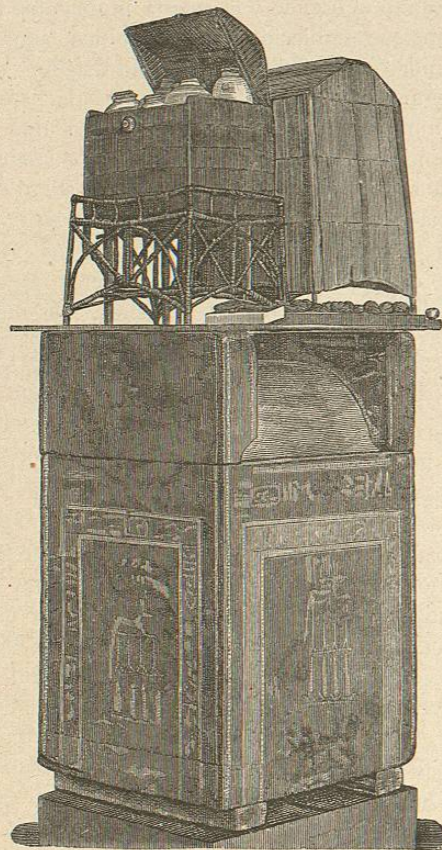
El soberano mas celebrado de la dinastía parece haber sido el último Mentuhotep (V, Nebchruure), que ocupó el trono 46 años por lo menos (2). Ningun monumento nos da noticias de sus hazañas, pero la posteridad estimó en mucho su memoria y en muchas listas de reyes del Nuevo imperio se habla de él independientemente de todos los demás antes del tiempo de los hyksos. Entre los primeros reyes tebanos hubo sin duda algunos príncipes ilustres, mas importantes quizás que muchos soberanos de época posterior que en segura posesion del poder pudieron erigir un monumento tras otro. En cambio, casi parece que los últimos reyes de la undécima dinastía se desprendieron bastante de las cargas del gobierno, dejando al cuidado de los visires la mayor parte de los negocios. Durante el reinado del penúltimo Mentuhotep (IV) desempeñó este cargo, al cual iban anejas, segun antigua costumbre, las dignidades de comandante de ciudad, de supremo magistrado y de tesorero mayor, un tal Amenemhat, que, segun todas las probabilidades, fué un antecesor del fundador de la duodécima dinastía y que enaltece en las inscripciones con superabundancia de palabras su situacion y su poderío, diciendo: «El primero de los nobles; el presidente de lo que da el cielo, forma la tierra y trae el Nilo; el director de todos los negocios de todo este país,» «que es grande en su dignidad y poderoso en su cargo, á quien acuden los grandes de todo el país, grande en el rey del Alto Egipto, poderoso en el rey del Bajo Egipto que le notifica lo que es y lo que no es, el jefe de los jefes, el primero de los superiores, el visir de Horo cuando éste se muestra con gran pompa.» Con las mismas palabras es celebrado, á pesar de no ser visir, durante el último Faraon S'anchkare, el tesorero mayor Hanu (3): llámase «presidente de lo que es y de lo que no es, grande en consideracion (literalmente terror) como en benevolencia (literalmente amor), ante el cual tiemblan los grandes y los nomarcas, porque está cerca de los miembros de su señor.... el que hace impotentes á los bárbaros del Norte, y ante el cual ambos países vienen y se inclinan.» Estas frases, puestas no ya en inscripciones sepulcrales, sino en documentos oficiales en las paredes de las canteras de Hammamat, hacen sospechar que los reyes de aquel tiempo fueron poco mas que muñecos en manos de sus supremos visires.

Mas sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el Egipto recobró durante la primera dinastía tebana su antigua prosperidad. Despues de una larga interrupcion, vuelven á aparecer en las necrópolis de Abydos y de Tebas tumbas de

(2) Wiedemann: *Historia Egipcia*, pág. 226.

(3) Por consiguiente tampoco es *rpá'ti*, pero se denomina «presidente de las seis grandes casas (tribunales) y presidente del templo.» Desgraciadamente en estas inscripciones (Lepsius: *Monumentos*, páginas 149, c. d. e y 150 a) no se han descifrado todavía muchas frases del título, precisamente las mas instructivas.

particulares y de funcionarios, que, sin embargo, no pueden compararse con los antiguos mastabas y pirámides. Las mas de las veces los cadáveres de los reyes, como los de los súbditos, son enterrados en terrenos roqueños ó en paredes de rocas y encima ó delante se construyen pequeñas pirámides de ladrillo que generalmente descansan sobre un zócalo cuadrado y que contienen una ó varias cámaras. A veces se encuentra tambien en ellas un cuerpo saliente y un muro de circunvalacion que lo cierra todo. Los reyes mandan de nuevo construir templos para sus dioses y sepulcros para ellos, y de nuevo se arrancan, como en tiempo de la sexta dinastía,



Botiquin doméstico de una reina de la undécima dinastía.

(Berlín, Museo de Berlín.)

En la caja de madera había el estuche, de paja fina y en forma de cesta, y en él cinco vasos de serpentina y uno de alabastro, en los cuales todavía se ven los restos secos de los medicamentos. Hay además dos cucharas, una tacita y muchas raíces.

bloques de pórfido del valle de Rohanu (Hammamat) y se cubren los muros de roca con tablas conmemorativas. En el segundo año de Mentuhotep IV, su visir, el ya citado visir Amenemhat, mandó arrancar de aquel sitio piedras para su sarcófago y para el templo del país del Sur. Naturalmente, de esta expedición formaron parte muchos trabajadores, canteros, inspectores y pagadores, como también una escolta militar. Con Amenemhat partieron 3,000 hombres, alabándose él de que «esta tropa no sufrió desgracia alguna, no desertando ningún hombre, no rompiéndose ningún asno el espinazo (1) y no perdiendo ningún trabajador sus fuerzas.»

A consecuencia de estas empresas, el árido país montañoso del Este del Nilo, el gran «país rojo» ó «el país de los dioses» (2), como también se le llama—pues la patria de los

(1) Segun la corrección de Brugsch: *Diccionario*, tomo VI, pág. 976.

(2) Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 149 d. 4. 150 a. *Revista Egipcia*, 1882, pág. 204. Véase Mariette: *Abydos*, tomo II, pág. 29, 20, «todo

dioses solares es el país de la salida del sol—quedó incorporado al imperio egipcio; los nómadas fueron sojuzgados y los colonos egipcios fijaron allí su residencia. Desde entonces encontramos en estos territorios un comandante, cuya jurisdicción se extendía desde las fronteras nubias y hacia el Norte hasta la ciudad egipcia central de Mena'at-Chufu (véase mas adelante) y hasta el mar Rojo (3). Amenemhat abrió en aquel árido valle un pozo que el rey en persona fué á inspeccionar y se alaba de ello diciendo: «Convertí la montaña yerma en país de cultivo y los altos valles en torrentes (4)» «el desierto fué convertido en país de inundación, el agua brotó de la aridez de la piedra» (5). El punto de partida del camino del desierto es Koptos (Qobt), pocas leguas mas abajo de Tebas, en la parte oriental del valle del Nilo; por esto Min (Amsi), el dios tutelar de esta ciudad, es también el patrono del desierto, donde se le adora con regularidad y se le ofrecen víctimas.

La explotación de las canteras y la caza en el desierto no fueron los únicos móviles que impulsaron á los egipcios á ocupar el «país de los dioses.» Desde los mas remotos tiempos, las costas del golfo Árabe han sido un territorio importantísimo bajo el punto de vista comercial: la Arabia meridional y la costa africana que enfrente de ella se extiende, el país de los somalís, son la patria del incienso, y sabido es cuán codiciado era este artículo por todos los pueblos primitivos. Egipto consumía anualmente grandes cantidades de él para su culto, de suerte que el incienso constituía un artículo de comercio importante y además caro. En un principio llegaba éste á Egipto solo por dos estaciones intermedias: una tribu de la costa lo vendía á las demás ó lo conducía en pequeñas canoas por el golfo hasta que por un precio elevado lo ponía en manos del comerciante y del mercader egipcios. Es muy probable que en la época de las pirámides y antes de ella el camino que por el desierto conduce á Koptos fuera la vía principal para el comercio del incienso. En el período de que tratamos, el gobierno, como mil años después en Palestina el rey Salomón, intentó poner el comercio en manos de los egipcios y abrir para ello comunicaciones directas con el país de Punt (6), patria del incienso en la Arabia del Sur.

Durante el primer año del reinado de S'anchkare, sucesor de Mentuhotep V, púsose en marcha el ya citado tesorero mayor Hanu para llevar á cabo la empresa, de la cual nos da noticias expresas una inscripción que mandó aquel poner en Hammamat. «Su majestad me envió para cargar un buque (7) en Punt [y] para llevarle incienso fresco de los caudillos del país rojo, á consecuencia de la fama de que goza en el país del desierto. Por esto salí de Koptos tomando el camino que

de piedra preciosa del país de los dioses,» es decir, de las canteras de Hammamat. Por lo demás, el nombre significa, como es natural, todo el país del Este de Egipto en general y por tanto se extendió también durante el Nuevo imperio por la Arabia.

(3) Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 149 g.

(4) Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 149 e. 9, textualmente «un sendero de agua;» es de notar que los egipcios solo conocen grandes corrientes y canales, pero no torrentes. De la misma manera, montaña y desierto son para ellos una misma cosa.

(5) Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 149 f. 3.

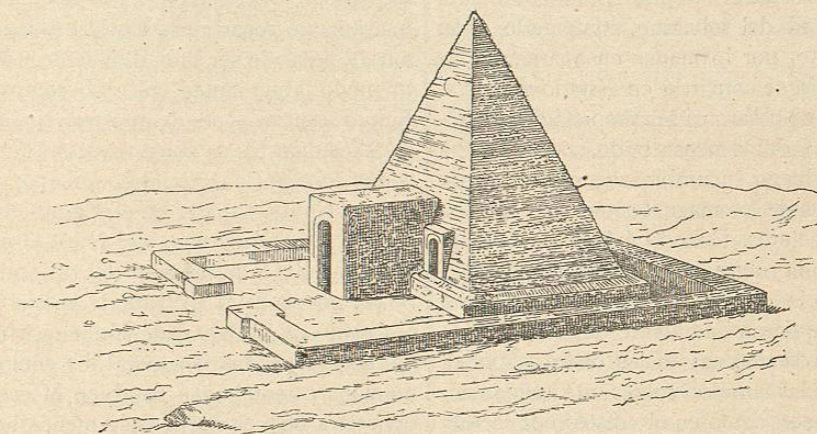
(6) Sus habitantes se llaman puntis, conforme á la formación usual del adjetivo: esta palabra se ha leído muchas veces equivocadamente puna, lo cual ha dado margen á que después se identificara este nombre con el de los púnicos y fenicios y á que se forjaran las mas extravagantes fantasías históricas.

(7) Aquí como en lo que sigue se escribe la palabra «buque» con el signo plural, pero en cambio va precedido de varios calificativos á ella referentes y que están en singular. Indudablemente la palabra buque es para los egipcios una noción plural, pero solo se construyó un buque, como hicieron también Salomón y Josafat en sus expediciones á Ofr.

su majestad me había ordenado y llevando conmigo un contingente del país del Sur, desde el distrito del Cetro (Uabut, Oxyrynchos) hasta Nechent (Elkab, Eileithya)» (1). Las palabras que siguen luego y que se refieren á los aprestos y al apoyo que á la expedición dispensaron los habitantes montañoses, así en viveres como en los servicios de exploración, no pueden ser traducidas por completo. Después continúa diciendo la inscripción: «Salí con un contingente de 3,000 hombres y me dirigí por Wadis (aturu)... descher (2) y Adensochet. Entonces dí á cada uno diariamente un odre, una carga de leña, dos cántaros de agua y veinte panes... Después construí una cisterna de 12 varas en Bat y dos cisternas en Adhat, de una vara y 20 codos la una y de una vara 30 codos la otra. Construí otra en Ahateb de 10 varas en cuadro.... Por fin llegué al gran mar (3) y entonces construí (ó apresté, literalmente hice) aquel buque y lo cargué con toda clase de cosas. E hice por el mismo un gran sacrificio (?) de bueyes, vacas y cabras. Cuando regresé del mar hice lo que su majestad me había ordenado: trájele todos los productos que

encontré en el país de los dioses (?). Luego me encaminé á Uaga y á Rohanu (Hammamat) y le traje piedras preciosas para las estatuas del templo (sic)... Nunca se ha realizado nada semejante por un pariente régio (es decir, alto funcionario) enviado para una expedición, desde el tiempo de los dioses. Lo hice por su majestad, mi señor, por su gran amor á mí.» La inscripción termina luego del mismo modo que empieza, es decir, con una exaltación de Hanu.

Esta inscripción ha sido por regla general mal interpretada. Se ha creído que Hanu hizo un viaje al mar Rojo y que adquirió los productos de la costa del otro lado, y sin embargo, la inscripción nada dice de esto. Hanu no hizo mas que aprestar el buque que envió á Punt, confiando la expedición marítima á funcionarios de segundo orden ó quizás á comerciantes. Tampoco podemos afirmar con seguridad que el buque de Hanu fuese el primer barco mercante egipcio que surcara el mar Rojo ni que antes no se hubiesen atrevido muchos comerciantes egipcios á hacer la travesía. Las muchas significaciones que, como llevamos dicho, tiene el verbo ar,



Pirámide sepulcral del imperio Medio, en Abydos, reconstruida (segun Perrot y Chipiez).

hacer, impedir saber á punto fijo si Hanu construyó el buque ó si lo encontró ya en el puerto. La importancia de la expedición consiste mas bien en el hecho de intervenir el Estado en el comercio y de abrir á éste un camino directo, especialmente con la construcción de pozos, que evitaba el rodeo por Hammamat (4), y al propio tiempo en mostrar á los habitantes de la costa el poderío egipcio. Ignoramos qué puerto de la costa sirvió de punto de llegada á este camino: créese generalmente que fué el actual de Qosseir, el «puerto blanco» (Leukos Limen) de los griegos; sin embargo, mas adelante veremos que durante la duodécima dinastía fué preferente ó exclusivamente utilizado un puerto situado mas hacia el Norte (en Wadi-Gasus).

No sabemos qué fué del buque enviado desde Punt, pues Hanu regresó inmediatamente después de hacerse á la vela, pero mas adelante veremos que su viaje no fué de importancia efímera, sino que desde entonces el comercio egipcio en el mar Rojo adquirió extraordinario desarrollo. Imposible nos es dar la solución de las muchas cuestiones que con este hecho se relacionan, por mas que seria altamente interesante saber si el gobierno monopolizó el comercio ó si era tam-

bien permitido á los particulares aprestar y fletar buques mercantes.

S'anchkare es el último Faraón de la undécima dinastía, á no ser que se admita la existencia de algunos cortos reinados intermedios no mencionados. Con su sucesor Amenemhat I ocupa el trono una nueva dinastía, que, á ser exacta la suposición que antes hemos hecho, descendería del poderoso visir de Mentuhotep IV. Este cambio ocurrido en el trono no se hizo, al parecer, sin luchas y desórdenes, siendo muy posible que el nuevo soberano acabara por medio de un crimen con la antigua familia real. Pero sea lo que fuere, la nueva dinastía fundada por Amenemhat fué llamada plenamente á la soberanía. Egipto debe á ella un período de doscientos años de paz interior y de una vigorosa organización política, señalando la dominación de la duodécima dinastía el punto culminante de la historia de Egipto, el mayor grado de florecimiento á que ha llegado este país en todo el transcurso de su historia hasta nuestros días.

CAPITULO II

RELACIONES POLÍTICAS Y SOCIALES DEL IMPERIO MEDIO

En el largo período que separa á la época de Pepi del entronizamiento de Amenemhat I, ocurrieron en Egipto muchas transformaciones. El punto central y capital del país pasó al Sur; el idioma varió notablemente en el transcurso de los siglos; los hombres del imperio Medio llevan, en su

(1) Véanse los datos análogos en la expedición de Amenemhat. Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 149 d. 11.

(2) El nombre está transmitido de un modo inseguro.

(3) Esta significación indudablemente exacta del grupo escrito en hierático es debida, segun me participa Erman, á Golenischeff; recientemente ha sido también reproducida por Lieblein.

(4) Hanu regresó por Rohanu; en cambio no pasó por allí á la ida.